

Mientras esas realidades sigan intactas, hablar de bienestar seguirá siendo una promesa incompleta.

A esto se suma una violencia que muchas veces no deja huella visible, pero sí marcas profundas. Esta crece en el silencio de los hogares y en comunidades sin apoyo suficiente, y suele detectarse cuando el daño ya es difícil de revertir. Evitarlo requiere presencia constante, trabajo preventivo y un Estado que no llegue tarde.

Si las futuras políticas públicas se diseñan sin considerar la experiencia de quienes las viven, el riesgo es repetir soluciones ajenas a la realidad. Incluir a niños, niñas y adolescentes en las decisiones que los afectan es la única forma de construir respuestas que no fracasen en el papel. Ahí está la diferencia entre políticas que se anuncian y políticas que transforman. Cuando la infancia queda fuera y no es tratada como sujeto de derechos, el costo lo paga el país entero.

Juan Pablo Venegas

Infancia

●Que la niñez aparezca hoy como prioridad del nuevo Gobierno es una señal que merece ser destacada. Reconocer la urgencia, reforzar la protección especializada, abordar la salud mental y ordenar el trabajo territorial permite abrir una oportunidad que el país ha postergado por demasiado tiempo.

Pero la vida de niños, niñas y adolescentes chilenos no transcurre solo dentro de programas o servicios. Se vive en casas hacinadas, en campamentos, en barrios sin áreas verdes ni espacios de encuentro, en contextos donde la pobreza condiciona cada decisión cotidiana.
